



REINALDO ARENAS

Inferno

Poesía completa

Prólogo de Juan Abreu

EDITORES ARGENTINOS

PRÓLOGO

«Todo trabajaba en su destino:
los árboles, los planetas, los escualos».

I. VOZ MANCHADA DE TIERRA

Reinaldo Arenas pensaba que el mundo era un sitio inhabitable, infernal, me lo dijo muchas veces; así que es lógico, coherente con la visión que tuvo del mundo, que su poesía reunida se titule *Inferno*. Es una poesía de este mundo, del mundo que le tocó vivir. También solía afirmar que Dios nos había hecho trampa, que el planeta Tierra era el Infierno y que (en este punto siempre esbozaba una sonrisa entre siniestra y esperanzada) no teníamos de qué preocuparnos pues al morir el único sitio que quedaba disponible era el Cielo. Muchos de los poemas que integran este libro los escuché de boca del autor. Leídos a la intemperie (física y espiritual) de la Cuba de los años setenta: a la sombra de los árboles, o protegidos por un matorral, durante nuestras tertulias en el Parque Lenin. También a la orilla del mar o durante una excursión para alejarnos del fárrago ideológico de La Habana inmersa en alguna gigantesca movilización. Siempre oteando el horizonte, siempre atentos a presencias indeseadas y a las fiebres del cielo.

Escuchar a Reinaldo constituía un acontecimiento. Poseía una voz ondulada, como manchada de tierra, de lluvia, como embarrada de jugo de hierbas, voz machacada contra las hojas, voz arrastrada por los potreros, sudada de pedregales, untada de lombrices y semen. Hablaba

tal y como escribía, él y su lenguaje literario formando un todo cadencioso, un magma primitivo y exquisito, aristado y melódico. Voz afilada como punzón de preso, impregnada de una desamparada dulzura animal. Lenguaje mestizo y promiscuo, catártico y desmesurado, lírico y ceremonial. Voz de campesino iluminado.

He conocido dos seres humanos en cuya presencia siempre tuve la oscura sensación, sensación visceral, nunca intelectual, de que me distinguían con el simple hecho de admitirme en sus cercanías; uno de ellos fue Reinaldo, el otro la escritora cubana Lydia Cabrera. Ambos transmitían una otredad, una ajenidad a nuestra estricta humana condición, que yo sentía y que me provocaba un respeto no a la persona en sí (ambas asequibles y terrenales), sino a lo que parecía acompañarlos, escucharlos: algo innombrable. Desde el día en que los conocí identifiqué ese algo con la poesía.

Curiosamente, tanto Cabrera como Arenas no eran poetas, en el sentido formal, canónico del término. Es mucho más exacto considerarlos prosistas. Uno novelista, fundamentalmente, la otra cuentista y autora de estudios e investigaciones de carácter antropológico. Pero sus textos están atravesados por un poderoso caudal poético que no se halla con frecuencia en muchos autores dedicados a los versos. Lo que me lleva a lo que todos sabemos: poeta no es aquel que escribe versos sino quien está poseído por ese misterio indescriptible que llamamos poesía. Arenas era uno de esos poseídos.

La poesía de Reinaldo Arenas no ocupa, desde el punto de vista cuantitativo, un lugar prominente en el cuerpo de su obra. Su producción poética es relativamente pequeña si tenemos en cuenta que en sus cuarenta y siete años de vida escribió ocho novelas, numerosos relatos largos, un considerable número de cuentos, un volumen de ensayos, su autobiografía; y solo tres extensos poemas agrupados bajo el título de *Leprosorio* y otro puñado de poemas ocasionales a lo largo de los últimos veinte años de su vida. Esto no hace su poesía menos importante, al contrario. Es parte relevante de un todo de único y

original aliento: parte que contribuye a ilustrar, de forma concisa y descarnada, las obsesiones fundamentales del autor: la patria (como territorio al que estamos condenados, que nos reconoce para reclamar el derecho a aniquilarnos), la nostalgia, el misterio de la madre, el esplendor y deterioro de la carne, la maldición asumida por el creador en un mundo hipócrita y mediocre incapaz de grandeza alguna, el desprecio por todo tipo de poder, su amor a la libertad.

Su poesía es una suerte de marea que invade la prosa y que es invadida a su vez por aquella.

También sus poemas nos sirven para profundizar en un Arenas inmediato, zumbón, irredento, restallante como un bofetón propinado en respuesta a una ofensa que merece réplica inmediata. Respuesta que exige la brevedad del poema, que adquiere en ocasiones resonancias de poesía de barricada, dedicada a ultrajar e insultar al enemigo. Baste recordar aquí el poema dedicado a un profesor de la universidad norteamericana de Tulane (a quien consideraba uno de esos apologistas de la dictadura de Castro), al que llama Blanco Mojoncito. Su poesía posee un carácter furioso, lúdico, mordaz, macabro e hiriente que nos remite al barroco quevediano, a Arthur Rimbaud y a François Villon, a Baudelaire y al Conde de Lautréamont.

La poesía de Reinaldo Arenas confirma y enriquece los vectores fundamentales de su obra: la negación de cualquier tipo de autoridad, la furia ante la calamitosa condición humana, el reclamo de libertad absoluta a cualquier precio.

2. MAR AMANTE

Mantén una extraña relación con el mar. Mar que permea, atraviesa, inunda, arrasa, conduce su obra. Mar como símbolo de eternidad. Mar de esperanzas, mar en el que deshacerse al fin no para desaparecer sino para entrar en contacto con algún vigoroso adolescente

que se zambulla en sus aguas. Tal y como afirma en su «Autoepitafio». Nadamos. Nos sumergimos en las tibias aguas en busca de sosiego, de refugio. Sentados al pie de las olas redondas soñamos con escapar. Un bote, un velero, una goma, un artefacto submarino, un carguero, una canoa, una balsa, un escualo amaestrado, un cangrejo gigante; algo que nos lleve en cualquier dirección, lejos de la isla. Soñamos con transponer las costas vigiladas.

Conservo un recuerdo táctil de la arena. De los ensalivados verdes arrecifes.

Como a los brazos de un amante. Como a entablar una batalla física, amorosa. Así, poseído y frenético se lanzaba a las olas. Con desesperación genuina, acumulada durante siglos; anhelante. Animal que devuelven a su elemento cuando ya está a punto de asfixiarse. Transformado físicamente al contacto de aquel cuerpo milenario y descomunal al que reverenciaba como a un Dios. El mar de Arenas no es el de Vicente Huidobro, verbal, truculento y mental, himnico. Ni el de Virgilio Piñera en su extraordinario poema *La isla en peso*, donde asedia al poeta y lo «rodea por todas partes», como un cáncer. El del autor de *El color del verano* es un mar carnal, semejante, hermano, un mar con el que se puede singar y que aún nos ama después de eso. Un mar maternal.

Años después, en Miami, lo vi precipitarse entre las olas de forma semejante. Hambriento de caricias, de protección.

3. QUE ALGUIEN SEPA QUE ESTALLAS

La trilogía que integra la primera parte de este libro, titulada *Leprosorio*, compuesta por *El Central*, *Morir en junio* y *con la lengua afuera* y *Leprosorio* fueron concebidas en épocas aciagas para el escritor. Quiero decir más aciagas de lo habitual. Tuve el privilegio de escucharlos durante nuestras «leninistas» tertulias. Como bien decía Samuel Beckett: «cuando uno está con la mierda hasta el cuello solo

queda cantar»... Eso hizo Arenas, cantar su espanto, dejar constancia de las sucesivas agonías que le tocó vivir. En aquellos años de rampante represión intelectual, religiosa y vital en Cuba.

El Central fue concebido durante los meses que Reinaldo pasó cortando caña, como medida de castigo por su conducta impropia, en el central azucarero «Manuel Sanguily» en la provincia de Pinar del Río. De esta experiencia germinal, puesto que la esclavitud en la isla está relacionada con la tierra, la historia y el nacimiento de la nación, surge *El Central*, poema de aliento épico en el que la barbarie sufrida por indios cubanos y luego por los negros esclavos africanos se encuentra con las nuevas formas de esclavitud impuestas por el régimen totalitario. Continuidad histórica de abusos y despotismo. Poema que proclama: nuestro destino es la esclavitud y el espanto; lo que cambia es el escenario en el que esclavitud y espanto se padecen. Poema poseído por la furia de decir:

¿Alguien siente el desesperado crepitar de la Isla donde millones de esclavos (ya sin color) arañan la tierra inútilmente?

(Qué claro está todo: ni grandes frases, ni complicadas especulaciones filosóficas, ni el poema hermético. Para el terror basta la sencillez del verso épico: decir)

En el segundo de los poemas de la trilogía *Morir en junio* y *con la lengua afuera*, la ciudad toma el centro de la escena. Ciudad asolada por la estupidez, la intolerancia y la violencia de otra dictadura, esta vez disfrazada de utopía en construcción. «*La ciudad. Puta en llamas, puta mil veces ofendida. Puta recogiendo sobre sus escorias húmedas...*». Ciudad que es purulento castillo, desasosegado laberinto que despliega sus panoramas, sus paisajes calcinantes y desoladores por los que se desliza el poeta gritando su desolación y su furia obstinada:

*Canta,
que alguien sepa que estallas
que alguien sepa que todos estamos estallando siempre,
que alguien allá, mucho más allá,
en otro tiempo
(el del odio, el de las aguzadas furias)
oiga tu estallido siempre.*

El tercer poema, *Leprosorio*, desmonta el mito de la patria, que ha quedado reducida a la estafa, a cárcel que abarca toda su geografía, patria y cárcel que no son más que una enfermedad contagiosa que pudre el alma de sus habitantes, patria de la que no se puede hacer otra cosa que huir. La fuga como única esperanza, y la pérdida y la renuncia a esa patria (convertida en inmenso leprosorio), tan furiosamente buscada en el primer poema. Fuga y confirmación de una soledad intransferible e inacabable, fuga en la que la mismísima naturaleza se confabula con los opresores de turno para aniquilar al poeta rebelde:

Salir a la explanada surcada de árboles furiosos, correr entre el blanquizar del tiroteo y los relámpagos; retando al rayo (¡Traidor! ¡traidor! Dichosamente traidor), apresurarme bajo la tormenta, desafiando y revolviendo la hojarasca, hundiéndome en el limo y otra vez surgiendo, aferrándome a las ramas con las manos supurantes y enfangadas, azotando el aire con mi rostro que lanza humaredas de furia y embiste... Seguir corriendo, más rápido, más rápido, los monstruos apuntándome con todos sus artefactos, fusiles, hachas, catapultas, lanzallamas, cohetes, ballestas, flechas, bombas, bazucas, picas, macanas, arcabuces, cañones o lombardas... Mientras el cielo continúa lanzando fuegos y vendavales, y la tierra, cual matrona ofendida, conmina a sus millones de alimañas para que me asesten el golpe final... Seguir reptando, arrastrándome, incorporándome y otra vez precipitándome contra la corriente, abofeteando árboles y ciénagas, rayo y

torrente. No podrán conmigo. No van a poder destruirme. Ya verán. Ya ven cómo los reto. Y al retarlos los burlo, los traiciono y derroto.

En el vórtice de la poesía areniana están la cólera y la rebeldía. Ellas lo alimentan, nutren su obstinación, lo fortalecen en la batalla cual dioses homéricos, lo conminan a mantener la ecuanimidad y el ritmo hasta el último aliento. Cólera y rebeldía solitarias, que saben que el único sentido posible tal vez esté en el sinsentido absoluto. Hay que asumir la total soledad que proviene de la monstruosa indiferencia, del mutismo del universo. Arenas comparte el horror de Kurt, el personaje de Conrad, que siente, en palabras de Camus, «la gran intensidad con que la naturaleza, o un paisaje, nos rechazan».

4. UNA SOLEDAD CÓSMICA GRAVITABA

En contra de lo que pudiera pensarse al leer su poesía, Reinaldo era un individuo extremadamente simpático. Divertido. Odiaba la autocompasión. Pocas veces lo vi triste y solo en una ocasión vi sus ojos humedecerse; y fue de rabia al pensar que le faltaba valor para suicidarse; cosa que el tiempo probó falsa. Dueño de un humor negro exuberante y sofisticado. Humor que recorre toda su obra asumiendo numerosos registros, y que es inseparable de su estética y de su personalidad. Solía mantener la calma, pero sus furias podían alcanzar tonos apocalípticos. Era muchos: los que yo conocí se ganaron mi admiración, mi respeto y mi cariño. Una soledad cósmica gravitaba sobre él siempre. Cuando en su novela *Otra vez el mar* uno de los personajes exclama: «Él no está solo, él es solo»; está hablando de su creador. Tenía la elegancia de un paisaje, la armonía de un río, la belleza oscura de un niño que se defendió a sangre y fuego y que nunca creció (es decir, que nunca fue envilecido con la adultez). Lector infatigable, generoso con sus cono- cimientos; dueño de una fe en lo imaginario, de un amor por los libros

que jamás he vuelto a encontrar. Yo, a pesar de la barrera que interponía entre nosotros mi heterosexualidad (tengamos presente que Arenas era un homosexual militante que llegó incluso a teorizar en alguna de sus obras acerca de una supuesta superioridad homosexual), lo amaba por eso, por su devoción por los libros y las palabras. Él era *real*, verdadero, en un mundo en el que nunca se sabe quién es quién; un mundo lleno de fantasmas, de seres intangibles, sin consistencia. A diez años de su muerte es aún una presencia tutelar. Hoy, todavía, a la hora de tomar decisiones cruciales, me pregunto: ¿qué diría Reinaldo? Y doy gracias porque existió entre nosotros su alma indoblegable.

Hay algo que concierne especialmente a los lectores de este libro y que se perdió cuando se quitó la vida aquel siete de diciembre de 1990 (y ya que hablábamos de su humor es preciso señalar que escogió para suicidarse la fecha del aniversario de la muerte en combate de Antonio Maceo, caudillo e icono machista de la cultura patriarcal cubana) en su miserable apartamento de Hell's Kitchen: su deliciosa manera de leer sus poemas. Podía leer versos que describieran algo horrible, descorazonante, y hacer que los que escuchaban rieran saludablemente divertidos. Hallaba, escarbando en el horror, una profunda y amoral felicidad; fruto de su desesperado amor por la vida. Esa felicidad afloraba al leer sus poemas. Cualquiera que tuvo la fortuna de escucharlo estará de acuerdo en que sus lecturas constituían una verdadera fiesta.

5. IMÁGENES CON MÚSICA DE FONDO

Rescato de mi memoria y despliego imágenes. Es La Habana de los años setenta. Calor abrasador. Chillerío de las multitudes que pelean por un espacio en los abarrotados ómnibus. Crujir de cuerpos que se achicharran. Himnos. Almas vigiladas que se pudren. Hambre. Almas envilecidas por el colectivismo, por las consignas y la militarización. Delatores agazapados en las risas y abrazos de supuestos amigos.

Trabajo voluntario obligatorio. Hambre. Asisto a una asamblea laboral en la que acusan a un «compañero» de infidelidad conyugal (la que lo acusa es la amante que es a su vez «compañera» de trabajo) para eliminarlo de la competencia por el derecho a comprar una batidora: solo han asignado dos a cada centro de trabajo y doscientos obreros aspiran a poseer el artefacto. Miedo, mucho miedo. Hambre. Llego a la Escuela de Arte de San Alejandro, donde asisto a clases nocturnas de pintura; en el patio hay restos de una gran hoguera: durante un mitin de repudio han quemado los cuadros de «estudiantes traidores». Miedo, mucho miedo. Hambre. Vileza supurando. Trepo las escaleras mugrientas. Respiro la penumbra acucarachada. Dos niños arrastran por el pasillo un recipiente al que han adosado unas toscas ruedas: contiene agua. Hace años que el agua no acude a los grifos en esta zona. Llamo a la puerta, grito: ¡Rey! Pausa. Estruendo de candados y cadenas. Entro al minúsculo cuartucho en el antiguo Hotel Monserrate. Hay olor a té y a limón. El terso olor del limón humaniza la atmósfera. ¿Pero dónde rayos has conseguido limones?, pregunto. Me hace un gesto con la mano, tuerce los ojos hacia arriba para indicarme que espere y corre a continuar tecleando desesperadamente en la mastodóntica Underwood. No hay hojas, así que ha adaptado un rollo de papel, al que llamamos «los papiros», obtenido mediante ilegales maniobras, al carro de la máquina. Escribe *El asalto*, su novela antiutópica que merece estar junto a las de Zamiatin, Huxley, Orwell, Kostler. Está descalzo, viste un pantalón viejo, cortado a la altura de los muslos, y una camiseta descolorida. Sortijas castañas enmarcan el rostro concentrado. En la radio vocifera algún cantante «comprometido» con la dictadura. Reinaldo me explica que tiene que escribir con la radio a todo volumen para que los delatores que lo rodean no escuchen el teclear con el que rehace sus textos confiscados y destruidos (una de sus enormes novelas, *Otra vez el mar*, tuvo que reescribirla tres veces) por la policía. Sonríe al decir esto, con los ojos iluminados por una dulzura y una fe en el abismo que aún hoy me conmueven y fortalecen. Me pongo a hojear un libro.

Enseguida termino y te hago un poco de té, me dice.

Este escritor perseguido, humillado, encarcelado, torturado y vejado por su amor a expresarse libremente, que hacía de asumir su maldición un destino, era y es para mí un hermoso ejemplo de dignidad. No se puede ascender mucho más allá en la escala humana mediante el uso de las palabras. En una época en que la mayoría de los intelectuales cubanos aceptaron sumisamente la denigrante fórmula: «Dentro de la Revolución todo, fuera de la Revolución nada», la figura de Reinaldo Arenas destacaba contra ese panorama desolador, prostituido.

Los que tuvimos la dicha y el honor de conocerlo y acompañarlo, sabemos que simbolizó todo lo que debe esperarse de un creador: absoluto compromiso con su obra, amor a la libertad por sobre todas las cosas, integridad intelectual, coraje, fe en la página en blanco como patria posible.

Su coraje y su comunión con la literatura iluminaron la lobreguez de la época que nos tocó vivir. Época plagada de cobardía, oportunismos y sumisiones. Gracias a él supe que la única literatura deseable se halla al margen de toda forma de poder. Contra toda forma de poder.

6. ESTE ES TU MOMENTO

Este volumen de su poesía reunida viene a confirmar que Reinaldo Arenas es el escritor maldito del siglo veinte cubano. Un hombre salido de los pedregales de un desolado paraje de nuestra campiña, que ascendió y dejó en el firmamento de la literatura cubana una huella de sangre, escozor y luz. Un escritor formidable y, sin duda, el más atrevido, transgresor y valiente que ha producido la isla.

Ya en 1975, en un poema escrito en la Prisión del Morro, vislumbró este momento que vivimos ahora, con la aparición de su poesía completa. En ese poema, reiteraba su voluntad de vivir manifestándose, el compromiso de permanecer fiel a su destino creador aún después de muerto:

Ahora me comen.
Ahora siento cómo suben y me tiran de las uñas.
Oigo su roer llegarme hasta los testículos.
Tierra, me echan tierra
y piedra
que me cubre.
Me aplastan y vituperan
repiteando no sé qué aberrante resolución que me atañe.
Me han sepultado
Han danzado sobre mí.
Han apisonado bien el suelo.
Se han ido, se han ido dejándome bien muerto y enterrado.

Este es mi momento.

Sin duda lo es, este es tu momento Reinaldo Arenas, el momento de tu poesía.

Juan Abreu
Barcelona, junio de 2001

NOTAS

La frase que encabeza este prólogo pertenece a *Los cantos de Maldoror* de Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont. Aprovecho la ocasión para llamar la atención (y exhortar a los lectores de Arenas a leer a Ducasse) sobre la importancia que tuvo para nuestro autor el libro del uruguayo-francés. Para mí no hay duda de que la madre del fabuloso Tiburón Sangriento de *El color del verano* es la enorme tiburona con la que Maldoror copula en el Canto segundo del legendario libro.

El título de este libro obedece también a la intención del autor de rendir homenaje a José Lezama Lima, quien fuera su amigo y maestro. Como se sabe, la novela en que trabajaba el autor de *Paradiso* al morir se titulaba *Inferno*. Póstumamente, sus fragmentos aparecieron bajo el título *Oppiano Licario*.